



RECUERDOS DEL PARQUE ERCILLA, 1: BERMEO, SEDE DE LA COMANDANCIA DE MARINA

Javier BORDA ELEJABARRIETA



lo largo de mi vida he residido en varios lugares, pero creo que nunca lo haya hecho en una dirección que me gustara más.

Era —aún lo es— una casa sobria, de primeros del siglo XX, con estructura de madera y no muy buen asentamiento sobre el fondo del Puerto Viejo. Llena, sin duda, de las ánimas de cuantos allí vivieron y no querían irse.

Su aire clásico y elegante en una situación privilegiada, aislada y con vistas frontales al Parque de Ercilla y a la dársena del Puerto Nuevo y Astilleros, hicieron de ella un emblema de Bermeo, que aún hoy



El Parque de Ercilla en 1910 (autor desconocido). La casa del frente, delante de la Iglesia Juradera de Santa Eufemia, es el numero 1, y hoy sigue prácticamente igual. La Comandancia de Marina estaba en el primer piso a la derecha de la foto.

aparece en casi todas las fotografías del pueblo. Allí pasé mi niñez y adolescencia, hasta acabar la carrera en la Escuela de Ingenieros, con mis padres, mi adorada tía soltera (excelente matemática y filatélica incansable) y mis abuelos, que muy pronto nos dejaron.

Fue una época tan intensa que no acabaría nunca de relatar mis vivencias íntimas. Recuerdo las tardes de otoño, con el piso lleno de los silbidos del viento que se filtraba por las rendijas de aquellos deteriorados ventanales con su ajada masilla de sujeción de los cristales. Frecuentemente la noche hacía sobrecogedor aquel ambiente de agudos sonidos y lluvia que golpeaba con fuerza en las ventanas.

Abajo, el pavimento del Parque de Ercilla brillaba intensamente con el agua que lo inundaba y la tenue luz que proyectaban las farolas con forma parabólica, tan propias de los años 50-60. Todo ello me resultaba fantasmagórico. En la Navidad recuerdo que el viento cedía, quizá también buscando un poco de paz. Y recuerdo aquellas postales con nieve en el Portal de Belén y con polvo de brillantina pegado, resaltando los contornos de las figuras...

pocas cosas tan cálidas y entrañables. Las conservábamos incluso con sus sobres y sellos.

Tampoco puedo borrar de mi memoria las otras tardes de estío que pasaba con mi perro en el mirador que daba al oeste, tocando la guitarra o leyendo a Borges.

Y en ese mirador había una infinidad de elegantes fotografías color sepia de nuestros antepasados, con bellas y elegantes personas (¿acaso no lo son todas las que aparecen en fotos antiguas?), agujereadas por la polilla y sobre una pared profundamente granate, que resaltaba aun más su vetustez.

También había unas persianas enormes de madera que no se cerraban nunca, por si no se pudieran volver a abrir.

El verano traía también las tormentas...

Siempre sospeché que algo debió acontecer con una persona afín a nuestra familia, pues cada vez que el cielo rugía, mi madre y mi tía, que había sido monja de clausura, nos llevaban a un cuarto interior, cerraban las contraventanas, apagaban las luces y rezábamos una letanía continua... *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos Señor de todo mal.*

Era realmente difícil conciliar el sueño continuo. Todo crujía. Siempre me he preguntado si era por la fatiga de la vieja estructura de madera o porque alguien inaccesible quería hacerse notar. No recuerdo haber oído tales ruidos en horas diurnas, por mucho silencio que reinara en la calle.

Pero me cautivaba especialmente el primer piso izquierda, donde estaba la Comandancia Militar de Marina, siempre con mucho movimiento de gente y amables marineros que, al verme bajar o subir de casa, me invitaban frecuentemente a pasar dentro para enseñarme fotos de buques de nuestra Armada y darme algún caramelo.

Ellos alegraban con su azul marino y su immaculado blanco estival aquella lúgubre escalera de madera inacabada. Siempre tuve la esperanza de que en alguna de aquellas visitas me regalaran un viejo lepanto.

La Comandancia era también la protagonista del ambiente festivo que tenía el Parque de Ercilla en horas de oficina, con la bandera de nuestro país, alegre, de colores chillones y ondeando siempre con una incansable brisa. A pesar de lo mudada y hecha jirones que estaba, podía con todo. Al atardecer su mástil, mezcla de un gris-buque y mar nublado, quedaba triste y desnudo. Siempre que podía aprovechaba para salir a uno de los balcones a las 0830 de la mañana, para ver cómo mis amigos marineros cubrían aquel palo izando la enseña con delicadeza y decisión.

Un buen día, al salir al balcón vi que la agitación en el primero izquierda era patente. Algo raro ocurría: nueva gente, nuevos uniformes, más marcialidad... Pronto —era mediodía— observé un gentío mirando a un cetáceo (cachalote, creo) que había sido arponeado desde el *Azor*, yate del jefe del Estado, general Franco, y reposaba en las rampas de reparación de buques del Puerto Nuevo. Allí empezaron a despedazar a aquel desdichado y noble



Destructor Lepanto.

animal para la industria pesquera, y esto no me interesó nada, pero los marineros me dijeron que varios buques de la Armada estaban fondeados a reposo de Machichaco, escoltando al *Azor* en conserva. Fui como un loco con los prismáticos de mi padre, potentes, pues era capitán de la Marina Mercante, y allí estuve observándolos hasta que me vino a buscar mi familia (con una buena bronca, pues no sabían donde estaba).

No era una Comandancia burocrática, sino cercana a la gente, y tomaron parte activa en todos los acontecimientos que lo requirieron, con un espíritu de servicio imbuido por aquellos oficiales caballeros que la dirigieron.

Su intervención fue decisiva, por ejemplo, en el incendio del astillero de madera de los muelles nuevos, que estuvo a punto de hacer que reventara un enorme y contiguo depósito de fuel de CAMPSA; situación que tuvo toda la noche a la parte del pueblo que residía en el Parque de Ercilla y alrededores desplazada de sus hogares por temer una devastación de inimaginables consecuencias.

Otro momento crítico en el que aquellos diligentes marineros con su comandante a la cabeza se «remangaron» para trabajar junto con la gente fue cuando al final de un agosto, en el año 83, el fenómeno meteorológico de gota fría estuvo a punto de arrasar Bermeo.



Destructor *Méndez Núñez*.

El comandante de Marina, teniente de navío don Antonio de Vicente, coordinó los trabajos, incluidos aquellos en los que el *Lepanto* y el *Méndez Núñez*, que fondearon en las proximidades, intervinieron desembarcando infantes.

Pero estos recuerdos iban a quedar truncados cuando el ingrato y cobarde terrorismo asesinó a nuestro amigo el comandante.

Yo no me encontraba en Bermeo; ya trabajaba en Bilbao, pero recuerdo una amargura e impotencia como pocas veces he sentido. Comprendí que había sido un gran honor conocerle.

Todavía siguió la bandera ondeando en nuestra casa, pero yo sabía que ya no sería lo mismo, y dudaba de cuánto tiempo más seguiría siendo así. Muy pronto desapareció para siempre. La Comandancia de Bermeo fue clausurada y sus funciones integradas en la de Bilbao.

Comprenderán, pues, la magia que el Parque de Ercilla 1 ha tenido siempre —y que sin duda aún guarda entre sus muros— y que cada vez que observo nuestra amada rojigualda, además de muchas cosas que pueden suponer, imagino al ánimo de don Antonio de Vicente, heroico comandante de Marina, al lado de la de mi padre y mi tía, los tres sentados en el mirador de paredes granates de la que fue mi casa.

Este artículo está dedicado a la memoria de mis padres, de mi tía Aurora y de don Antonio de Vicente, comandante de Marina, a la que tan dignamente representó.